

Ace unos días celebramos la solemnidad del Sagrado Corazón. El 2025 se cumplen 350 años de una de las apariciones de Paray-Le-Monial (1673 - 1689), en la que Jesús pidió, entre otras cosas, la Hora Santa del jueves por la tarde para poder unirse a su agonía en el Huerto de los Olivos. Sabía que para conocer su Corazón, debíamos unirnos a Él en esta terrible agonía. Pero, ¿qué es la agonía? Es el tormento que precede a la muerte. El cuerpo de Jesús agonizará en la cruz, pero su Corazón agonizará en el Huerto de los Olivos. *"La agonía de Getsemaní es la del corazón; la sangre que corre en el Huerto es la sangre que brota del corazón"*, decía san Alfonso de Liguorio. Jesús pasó por esta prueba sólo en su humanidad, sin la ayuda de su divinidad. Es su Corazón humano, tan bueno, tan puro, tan dulce, el que luchará y será aplastado, movido únicamente por su amor sin límites por nosotros. Esta es la gloria del "Sagrado Corazón", y esta es la razón por la que Jesús quiere ser honrado **con su Corazón humano visible** en estatuas y pinturas. Los sufrimientos de Jesús moribundo adoptarán tres formas particulares: el asco, la desesperación y el miedo.



Agonía del asco. El Evangelio nos dice que Cristo sintió *asco*. Fue en aquella hora cuando se revistió de la ignominia de todos los pecados del mundo, como si los hubiera cometido y fuera responsable de ellos. Él, el ser más piadoso, se vio cargando con las blasfemias más atroces. Él, el más caritativo de los seres, se vio responsable de las matanzas más atroces. Él, el ser más puro, se ha visto sumido en los pecados más despreciables de la carne. Este abismo gigantesco entre Su santidad y el libertinaje humano que se abalanzaba sobre Él debería haberle matado instantáneamente (Santo Tomás explicará que Él mismo retrasó Su muerte para ir al sacrificio de la cruz). Esta repugnancia en Su agonía será descrita así por San Alfonso:

"Debe expiar nuestros pecados en nuestro lugar; debe, pues, tomarlos sobre sí como un vil vestido arrastrado por el fango; debe cargar con ellos y, ante su Padre, llevar, como si los hubiera cometido, toda la responsabilidad. Esta es la hora de los poderes de las tinieblas. Jesús está arrodillado en el suelo pedregoso del huerto de la agonía; de pronto, desde el pasado y el futuro lejanos, como se oscurece de repente el horizonte cuando estalla la tormenta, ve precipitarse todos los pecados pasados y futuros: lo abrazan, lo salpican, lo sumergen, olas horribles y cenagosas, contra las que ni siquiera intenta luchar; sólo agacha la cabeza y se sonroja; él es el pecador, él es el pecador."

Oh mi dulce Jesús, en medio de este embate del mal, te pusiste **mis propios pecados**, identificándolos perfectamente. Sí, en ese momento, me viste ensuciándote, aplastándote, haciéndote sangrar. Oh, que esta terrible visión de lo que te he hecho personalmente destruya para siempre mi orgullo, para que pueda arrojarme humildemente a tus pies y pedirte perdón.

Agonía de desesperación. A este disgusto consigo mismo se añadió otro dolor. Mientras los apóstoles dormían durante esta agonía, Satanás no. Iba a tentar a Nuestro Señor para que le abandonara, mostrándole la inutilidad de su sacrificio por millones de almas que, de todos modos, irían al infierno por toda la eternidad. Este sentimiento de la inutilidad de su sufrimiento hizo que Jesús se sofocara. La visión de aquellas almas a las que amaba yendo al infierno le sumió en una desesperación que le atravesó el Corazón y le hizo querer dejarlo todo. ¿Para qué todo este sufrimiento, si es inútil?

"Entonces, desde el fondo de su cuerpo maltrecho y cansado, desde el fondo de su alma empapada de vergüenza, surgen los cobardes consejos de la tentación. ¿Por qué sufrir para borrar los pecados que no se han cometido? ¿Por qué intentar curar un alma humana tan viciosa que volverá al mal a pesar de todos los dolores del Calvario? ¡Y Cristo ve muy claramente la perfecta esterilidad de sus sufrimientos por innumerables seres! ¿Por qué amar tan locamente a hombres que le ignoran y le blasfeman? ¿Por qué habríamos de hacerlo nosotros? (...) Lo más duro de su agonía en el Huerto es la certeza de que su dolor se perderá por los condenados y que su sangre caerá sobre ellos: dar su sangre para salvar y, por su sangre, perder a los que amamos, ése es el colmo del tormento para el Corazón de Jesús, que, en el fondo del cáliz, más amargo que la misma crucifixión, es el poso que debe beber el Salvador. San Alfonso de Liguorio

Agonía del miedo. Jesús vio con gran precisión el suplicio que iba a sufrir dentro de pocas horas. Vio la tortura de la flagelación -45 minutos, más de mil golpes que le desollarían vivo y le drenarían la sangre-, vio la corona de espinas que le clavarían en la cabeza y le desfigurarían, vio la humillación de la desnudez, vio el clamor y el odio de la multitud hacia él, vio los clavos que le clavarían en los nervios, vio el abandono de su Padre. Todo esto le sobrecogió de miedo. Un miedo humano y helado ante el tormento que se avecinaba. Finalmente, vio a su Madre al pie de la Cruz, con su Corazón Inmaculado traspasado de dolor. Ante esta visión, se horrorizó de haberla provocado. San Alfonso describió el miedo de Jesús con estas palabras: *"Para completar la Pasión interior del Salvador, he aquí el miedo demacrado que ahora le asalta y que, como una fiera acechada por cazadores y perros, le hace palidecer, estremecerse y acurrucarse, diminuto, contra el suelo donde quisiera ser tragado"*.

Ante esta agonía del Corazón de Jesús, podríamos tener la tentación de tranquilizarnos, considerando este momento como algo pasado y afortunadamente lejano. Pero **esta agonía no ha terminado**. Así como en la Sagrada Eucaristía Jesús se ofrece de nuevo cada día como sacrificio (incruento) en la Cruz, así también los nuevos pecados del mundo prolongan la agonía de Nuestro Señor, porque son siempre soportados por Él. Un santo sacerdote, el Padre Carlos Parra, escribió: *"Él agoniza hoy por mí a causa de mis pecados de hoy, que conoció, en su detalle final, con su número y gravedad en el Huerto de Getsemaní. Mis grandes pecados y los demás. No sólo mis pecados, sino todo el desorden de mi vida tibia, sin generosidad, sin llama, egoísta, perezosa, mundana y vacía."* Si el Sagrado Corazón se apareció en Paray-Le-Monial para **pedirnos que compartiéramos los sufrimientos de su agonía**, no es sólo porque ése fue el peor momento de toda su pasión, sino también porque quiere que veamos nuestros propios pecados cargados por Él, que el remordimiento nos aplaste el corazón y que estemos a su lado para reparar asociándonos a sus sufrimientos.

Esta contrición por nuestros pecados, fruto de este misterio, debe ser el primer resultado de esta meditación. Guardémonos de la falta de remordimiento, de la complacencia en el pecado, diciéndonos a nosotros mismos que, después de todo, no es tan grave y que, de todos modos, amamos a Jesús. Esta falsa espiritualidad lleva a "pecar contra el Espíritu Santo", lo cual es imperdonable porque no pedimos perdón y Dios no puede forzar nuestra libertad. Por eso, la reciente noción de "misericordia automática", que consiste en creer que el perdón de Dios es un hecho hagamos lo que hagamos, es a la vez falsa y una terrible trampa. Debilita progresivamente nuestra voluntad -para qué esforzarse si, de todos modos, todos iremos al cielo- y nos permite hundirnos en el pecado con la conciencia tranquila. De este modo, el alma se dirige poco a poco al infierno sin darse cuenta, el truco supremo de Satanás. Por supuesto, Dios quiere dar su Misericordia a todos los hombres sin excepción. Pero no todos la obtienen, porque esta Misericordia depende precisamente de nuestra contrición sincera. Contrición y Misericordia son inseparables. Y el esplendor de la Misericordia de Dios sólo puede comprenderse a la luz de lo que a Él le costó: la terrible agonía del Corazón de Jesús y su sacrificio en la Cruz. San Francisco de Sales explicaría que *"todo amor que no tiene su origen en la pasión del Salvador es frívolo"*.

El segundo resultado de esta meditación debe ser la contemplación del Amor de Jesús que se ofrece por nosotros en la agonía de su Corazón. Aquí se expresa toda la grandeza de la Redención. En sus terribles tormentos de agonía en el Huerto de los Olivos, como en la Cruz, el Amor indomable de Jesús por nosotros es omnipresente y está en la raíz de todo. *"En la Redención por la Cruz, es el Amor el que lo controla todo: infinitamente más que la satisfacción de la justicia divina que quiere que el pecado sea castigado, está el Amor de Dios que quiere que los hombres, todos los hombres, se salven. Todo este Amor de Dios vibra y palpita en el Corazón de Nuestro Señor"*, nos dice san Alfonso de Liguori. Sí, al arrepentimiento sincero y profundo de nuestros pecados debe seguir un acto de confianza en el Amor y la Misericordia de Jesús. Arrojémonos llorando como un niño en los brazos amorosos de Nuestro Señor. Entonces Él quemará todo el mal que le hemos hecho y nos elevará a su Padre.

Para terminar, repitamos con San Alfonso de Liguori esta oración: *"¡Jesús mío! cuando considero mis pecados, me avergüenzo de pedirte el Cielo, después de haber renunciado a él tantas veces en tu presencia por placeres indignos y fugaces. Pero cuando te veo atado a esta cruz, no puedo dejar de esperar el cielo, sabiendo que quisiste morir en esta horca dolorosa para expiar mis pecados y obtenerme la felicidad celestial que he despreciado"*.